

# SUPLEMENTO INFANTIL

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 21 de Julio de 1932

Núm. 482

## Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen

Palabras de Jesús en el árbol santo de la Cruz. ¡Cuántas veces el hombre cristiano y bueno no habrá tenido que repetirías para implorar el perdón de sus perseguidores!

Exactamente como en aquellos tiempos, los Caifás abundan, buscando se cuaces para reunirlos en el Sanhedrín, envolviéndolos en sus maquinaciones traidoras, para lanzarlos como fieras sobre sus víctimas.

Hoy, como ayer, se repite en la humanidad aquella infamia y repugnante persecución sobre el que noblemente defiende y practica la doctrina celestial de nuestro amado Jesús.

Nada respetan ni dejan; su baba inmundada todo lo mancha, son hipócritas y cobardes, porque actúan en la obscuridad, valiéndose de la ignorancia y brutalidad de los otros, para lanzarlos sobre sus víctimas.

Pero Jesús lo dijo: No es el discípulo mayor que el Maestro, ni el siervo mayor que su Señor; si a El le persiguieron, con sus siervos también lo harán, su palabra se guardará, y será eterna.

Estos Caifás sin religión ni moralidad, dispuestos siempre a pescar en río revuelto, sin conciencia de sus actos, son los que se escandalizan rasgándose las vestiduras y claman justicia.

No sólo delatan, sino que ofenden de palabra y obra a indefensas mujeres por llevar sobre su corazón la Cruz de Cristo crucificado, esta Cruz con la que ha sido y será engrandecida España. Este es el heroísmo de estos nuevos y valientes fariseos.

Nada arredrará a la mujer cristiana. Cristo en la Cruz, sigue y seguirá ondeando triunfante en nuestro pecho.

Porque le amamos sobre todas las cosas terrenas, no nos importa sufrir, incluso morir.

A nuestras valientes españolas, que por defender su fe han sufrido persecuciones e injurias, sepan que tienen la admiración, simpatía y adhesión de toda mujer honrada y cristiana.

Hoy, igualmente que hace veinte siglos, los perseguidos, los calumniados, los que saben que para alcanzar la recompensa tienen que recorrer la vía dolorosa, llena de espinas, que se transformará en rosas espléndidas, para la corona que les será entregada.

Por esto los que siguen a Jesús en el camino del dolor, amor y caridad y perdón, elevando la mirada a lo alto, repiten las palabras del Mártir del Gólgota, de aquel que fué la primera víctima:

Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen.

SEBASTIANA COMES DE MARTÍN

(De «Aspiraciones»).

## La ciencia del tiempo

—Tengo una curiosidad grandísima, señor Nieta.

—Buena señal es esa. Gracias a la curiosidad, se aprenden muchas cosas.

—Puede que sí. Por lo pronto, le aseguro que me dejó «pegadísimo» el otro día un amigo de mi abuelito hablándome... ¿de que dirá usted que me habló?

—Eso, tú me lo dirás.

—Pues, sí, señor; hablándome de las eras. ¡Y figúrese si es raro eso, cuando tengo yo pateadas más eras que nadie. Pero se me arrancó diciéndome que no se trataba de las eras de pan trillar, sino de las otras... ¡y quedé hecho un ignoranton!

—Tiene gracia el caso. ¿De modo que confundiste unas eras con otras?

—Y el más pintao hubí hecho lo mismo...

—Pero, Chaumete, ¿tu ignorabas que existe una ciencia llamada «cronología», gracias a la cual podemos formarnos una exacta idea de todos los tiempos, así como la geografía nos da de todos los lugares?

—Sí que lo ignoraba... ¡le parece a usted muy raro?

—Escúchame atento, Chaumete. Los sabios dividieron la «cronología» en tres ramas principales: la «cronología matemática», la «técnica» y la «histórica».

La primera es la medida absoluta del tiempo, basándose en el día, el mes y el año; la segunda, se ocupa de las eras y épocas que han adoptado los diferentes pueblos para distinguir los tiempos, y la tercera, determina el momento exacto en que tuvo lugar un hecho histórico, y de ahí su nombre de histórica. ¿Ves claro ahora lo de las eras?

—¡Claro, claro, no, señor! Pero menos turbio que antes, desde luego.

—Pronto verás con toda claridad. Una era, es una época «memorable», «histórica» o «astronómica», adoptada por uno o muchos pueblos: para determinar la edad de los grandes acontecimientos.

—Ya voy viendo algo...

—Calma y escúchame: Los griegos, por ejemplo, adoptaron en la antigüedad la célebre «era» de las «Olimpiadas», después del tiempo de Alejandro el Grande. La Olimpiada era el espacio de cuatro años que transcurría entre dos celebraciones consecutivas de los famosos juegos olímpicos.

—¿Y qué juegos eran esos?

—Los celebrados en Olimpia en honor de Júpiter, y creados por Hércules. En otra ocasión hablaremos extensamente de estos juegos.

Volviendo a las eras, también es muy notable la de los romanos, llamada «consular» y que se remontaba a la institución del consulado, el año 509 antes de Jesucristo.

Los musulmanes, árabes, turcos y persas, tienen una misma era. Se llama «hehira», esta era, palabra árabe que significa «fuga», porque recuerda la fuga de Mahoma desde la Meca, en donde estaba perseguido.

La era cristiana tiene por norma contar los años por los de Jesucristo. La introdujo en Italia el año VI, un monje llamado Dionisio el Pequeño, y el año VII pasó a Francia...

En cuanto a la creación del mundo, como que está fuera del alcance de los cálculos humanos, nos atenemos siempre a la cronología vulgar, que la coloca cerca de 4.000 años antes del nacimiento de Jesucristo.

Podría hablarte de otras muchas eras, pero las esenciales son las que te acabo de exponer, y en sabiéndote bien esas...

—No me diga usted más. Procuraré aprenderme las lo mejor posible... Por lo pronto, ya me sé bien una cosa que ignoraba, y es que una «era» puede servir para grandes quebraderos de cabeza, bastante más grandes que los de trillar pan, por muy esencial que sea esto. Y, además, que en cuanto vaya al pueblo, me voy a reír más, preguntándoles a los chicos de las eras, que no han visto otra cosa desde que vieron la luz, si saben en la era en qué nacieron...!

EL NIETO DEL ABUELO

## CUENTO INFANTIL

### Los dos caminos

Cuando el papá de Pascualín le dijo que tenía que ir desde el día siguiente al colegio se puso más triste que un día de invierno; ya su papá había hablado aquella misma tarde con el director, que era un señor con una barba muy blanca como si al tomar el desayuno se le hubiera metido en la leche, le habían enseñado la clase y su sitio, desde donde aprendería todos esos garabatos que son las letras para saber leer. Así que cuando su papá le dijo «mañana irás al colegio» echó a llorar con más pesar que si se le hubiera perdido la entrada del «cine», no fué bastante que su mamá le consolara diciéndole que allí tendría muchos amiguitos y que jugaría mucho en el recreo... nada, Pascualín seguía llorando con tanta desazón y tanta angustia que se quedó dormido encima de su mamá, que lo había cogido para consolarle, y, al quedar dormido, su mamá lo tapó con una manta de besos.

Pascualín soñó: soñó que al principio de un día, cuando el sol acaba de salir con cara aun de sueño a decirle a todo el mundo que ya es de día, menos a esos niños perezosos que cierran las ventanas de su cuarto, se encontró con otros muchos niños en una pradera muy grande llena de flores y de juegos. Pero de pronto, sin darse cuenta se acabó la pradera y, para seguir andando, sólo había dos caminos: uno muy ancho y muy bonito con muchos jardines, y otro muy feo, lleno de piedras y muy estrecho, por el cual había que andar casi de perfil. Todos los niños salieron corriendo por el camino ancho, pero a muchos los cogieron sus papás, y aunque lloraban mucho y hasta pateaban, los hicieron ir por el camino de piedras, ¡cómo lloraban todos los niños!, ¡qué papás tan malos tenían!, y así siguieron andando cada vez más resignados y con las sandalias cada vez más rotas.

Cuando llegaron un día a la cima de un monte, se encontraron con que los dos caminos se cruzaban, pero, ¡qué milagro!, el suyo se convertía en uno más ancho y más bonito que el que querían coger al principio, allí todos los niños —ya hombreritos—, cantaban y jugaban más que en la pradera, estaban todos contentos con sus papás que iban orgullosos de sus hijos que había sabido llegar hasta allí, ¡pero el otro camino!, ¡qué feo!, se convertía en otro más horrible y más triste que el que sus papás les obligaron a coger, más áspero y obscuro que ninguno, ¡qué tristes iban por él los niños que se creían que toda la vida son caminos anchos!, los niños que habían estudiado por el camino estrecho, ya eran niños que sabían estudiar, los otros del camino ancho se lo pasaron jugando y ya no podrían ser nunca, nada.

Cuando se despertó Pascualín, comprendió todo lo que había soñado, ¡él iba por el camino feo, que después es el más lindo de todos! Besó a sus papás y les dijo: «Mañana iré al Colegio y dentro de poco me sabré de memoria todas las patitas de mosca que parecen las letras». Después se volvió a dormir, y su mamá le tapó con una seda de caricias.

BENITO ARA CERNUDA

## PENSAMIENTOS

La fortaleza vale mucho en los tiempos modernos. La fortaleza es la palanca que sujeta el gran edificio moral; sé fuerte de espíritu y no temas los vendavales inciertos y demoleedores.

—¡Es la hora del odio, dicen, de la intransigencia social, del desenfreno de costumbres!... ¡Ahora más que nunca es la verdadera hora del corazón, hay que derrocharle para embriagar de sentimientos a esa ola fría, que intenta desensibilizar la sociedad, que ayer era fuego santo de hogar!

Elisa Miura

## Del arte de escribir cartas

Tan remotos aquellos tiempos en que los típicos memorialistas, cobijados en los ángulos de las plazas provincianas, bajo el anchuroso tejaz de alguna morada señorial, disfrutaban la menguada remuneración del privilegio epistolar. Hoy todo el mundo escribe cartas, pero no todo el que se lo propone sabe escribirlas, pues aun entre los más hábiles, muchos no pasan de ser mediocres, aunque se tengan por excelentes en la materia.

Casi me atrevería a afirmar que es un don que hay que recibir al nacer, como el de la poesía o la elocuencia, porque ni estudiando tratados de literatura ni manejando diccionarios se alcanza. Quiero decir que no se aprende a escribir una carta: sabido es que no hace falta ser un togado para dar gracias por un presente o para hacer un pedido a una perfumería. Hablo de lo que se se entiende por una verdadera carta; esto es, sostener por escrito el diálogo habitual entre dos personas a quienes liga un recíproco afecto.

«Nuestras cartas son conversaciones escritas —decía una insigne escritora a su hija— yo te hablo y tú, sencillamente, me contestas».

Para esto es preciso primero tener algo que decirse; preciso también saber decirlo al correr de la pluma, en una bella forma, que es el estilo. Además, ingenio, mucho ingenio, y aún algo más, es preciso tener corazón, porque sentir hondo es pensar alto y hallar la expresión justa en que han de comunicarse juicios, afectos, emociones, etc. Exigen las cartas naturalidad, tacto, un cierto abandono que recuerde el modo de conversar con el ausente, abordando ya un tema, ya otro; pasar de lo grato a lo trascendental, sin que se advierta esfuerzo, como en una lógica transición. Después de recorrer los sencillos pasatiempos del vivir, consideraciones respecto a los asuntos serios, o bien entrar de lleno en el terreno afectivo y escuchar entonces las vibraciones del alma, de cada alma, que dice a su manera ternuras, quejas o desdenes, mezclando a las palabras más suaves las profundas palabras del amor.

Desde Homero hasta nuestros días fuera larga la enumeración de los que descollaron en tan difícil arte, pero es deber de justicia, ateniéndonos a tiempos más modernos, reconocer que Francia, desde el siglo XVII al XIX, alcanzó un período epistolar brillantísimo, que le conquistó merecida preponderancia sobre otros países y capacitó al público francés de modo singular para gustar estas producciones de sus hombres de letras. Así, pues, ya muy avanzado el siglo XIX, la publicación de la «Correspondencia» de Louis Veuillot esperábase con tan grande impaciencia, que hubiese podido aplicarse al éxito obtenido por cada volumen lo que Mme. de Sevigné decía de otras cartas que ella aguardaba siempre con la misma ansiedad: «En el instante que recibo carta suya y la leo, ya sólo desearía recibir otra.»

En estos nuestros días de telégrafos y teléfonos, mucho más rápidos, pero mucho menos literarios, insensiblemente degenera el arte sutil de conversar con la pluma; arte delicadísimo, en el que sólo fueron maestros los que por refinamiento espiritual se adueñaron de una vasta cultura, pues el vulgo, aun el que inmerecidamente se tiene por docto, escribe dentro de un anodino formulismo servil, con tal semejanza de giros y modismos, con tal pobreza de expresiones, que, reunidos en apretado montón el recio papel de cartas masculinas y los perfumados papeletos azules o violeta de las que escriben mujeres elegantes, fuera imposible entre todas destacar una personalidad, pues sólo se advierte una variante, que es la firma.

En 1871, cuando terminaba el sitio de París, se expidieron en un día 15.000 telegramas (algo maravilloso en aquella fecha), que fueron fotografiados, confiándolos a una sola paloma mensajera. L. Veuillot, el devoto de la ilustre marquesa, decía, irónicamente, a M. L. de Ratisbone, a quien este milagro científico entusiasmaba: «Diera yo las colas de las palomas mensajeras habidas y por haber, aunque llevasen guardados todos los discursos de M. Thiers, por una sola

T. B. O.

SEMANARIO INFANTIL

Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.

Historietas — Cuentos — Chascarrillos.

Precio: 0'10 pesetas.

Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintés Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.



carta de Mme. de Sevigné; cierto que los correos de entonces hubiesen tardado quince días en traérmela; pero todos los siglos, al pasar por ella, sean los que fueren sus adelantos, la admirarán, y mientras haya personas de talento, han de gustar con deleite su estilo incomparable.

Y tenía razón el autor de «Melanges» y de «Çà et là», pero si la insigne escritora llega a tener cerca el teléfono en Vitry y en las cercanías del hotel de Carnavalet, ¡cuántas cartas deliciosas hubiese dejado de recibir Mme. Grignau! Así dice ella en sus Memorias «la alegría que le procuraban las diligencias que recorrían incansantes los caminos de Bretaña a Provenza en servicio suyo, y ¡cuán ajenos iban los postillones de que en la valija llevaban casi todas las semanas, de un sitio a otro, en aquellos sencillos papelitos una obra maestra!»

Escribiendo como se habla, cuando se habla bien, es como se halla la forma bella de manifestar el pensamiento, porque nada cautiva tanto la inteligencia como la naturalidad, que es la verdad de nosotros mismos; una carta bien escrita se desliza por el papel sin necesidad de falsilla ni enmiendas. «Ya sabes—dice la marquesa a su amiga—que escribo de un tirón, por eso mis cartas van tan descuidadas; pero eso es mi estilo.»

«Ese es su estilo»; he aquí el epígrafe que podría encabezar las colecciones epistolares y la correspondencia entre literatos y hombres o mujeres geniales, pues ninguna obra acusa como ésta la personalidad; en ninguna es el escritor tan sincero como en sus cartas, ya que en ellas hace confidencia a su amigo de las verdaderas razones que abaten o exaltan su espíritu, de las causas que dilatan su corazón o lo sumen en diversos pesares; ellas revelan distintas variantes del temperamento; el encanto peculiar de su dicción; se le escucha, se le ve, es él; su acento, su verbo, su prosa, su bondad o su malicia; el ingenio de sus pensamientos chispeantes o profundos; su originalidad, su estilo, en fin, que es sólo de él y es él mismo.

PAZ GESTOSO

## LOS METALES

Llámanse metales a unos cuerpos simples, generalmente brillantes y pesados, que se encuentran casi siempre mezclados con la tierra, y muy amenudo a grandes profundidades.

El número de metales es muy grande, pero los que más utilidad prestan son: el hierro, el cobre, el plomo, el oro, la plata, el platino, la sal, el mercurio, etc.

Todos los metales son cuerpos sólidos, menos el mercurio o azogue, el único metal líquido que se conoce.

Vulgarmente se llama al oro «el rey de los metales», pero el que mayor utilidad presta es el hierro, y por tanto será el primero que describiré.

El hierro es un metal de color negruzco, que pesa aproximadamente siete veces más que el agua. Se emplea para fabricar toda clase de maquinaria, y tiene infinitas aplicaciones en la industria.

Los Estados más productores de hierro del mundo son los Estados Unidos de América, Francia, Inglaterra, Suecia, etc.

España posee también importantes minas de hierro, principalmente en las provincias vascongadas.

El acero no es más que hierro fundido con una pequeña cantidad de carbono, esto es, carbón bien puro. De acero se fabrican cuchillos, espadas, navajas, muelles, etc.

El cobre es un metal de un color rojo brillante, muy buen conductor de la electricidad, por lo que se usa muchísimo para la fabricación de hilos para la conducción de corriente eléctrica.

Expuesto al aire no se oxida, pero sí con la humedad, formando el cardenillo que es muy venenoso. Por eso no son recomendables los utensilios fabricados de este metal.

El bronce no es más que una aleación de cobre y estaño.

El plomo es otro metal muy pesado, de un color ceniciento, pero muy brillante cuando se halla recién cortado. Se utiliza para la fabricación de cañerías para la conducción de agua y gas.

El oro es un metal de gran valor. Tiene un color amarillo muy brillante, y se puede reducir con facilidad a láminas delgadísimas. Se encuentra en las arenas de algunos ríos en forma de granos o pepitas, y también en las minas como en el Transvaal. Con él se hacen monedas, sortijas, pendientes y objetos de gran valor.

La plata, como el oro, es otro metal de gran valor, y tiene las mismas aplicaciones que el oro.

La sal es un metal de color blanquecino, compuesto de cloruro y sodio. Sirve para la conservación de carnes y pescados, para hacer más agradables los alimentos, etc. Si se encuentra en las minas, se llama sal gema.

El platino es el metal de más valor. Se encuentra en muy pocas cantidades. Necesita una temperatura elevadísima para fundirse, por lo que se pone en las puntas de los pararrayos.

El mercurio es, como ya he dicho, el único metal líquido que se conoce en la Naturaleza. Tiene un color y brillo argentinos y pesa 13 veces más que el agua. Sirve para ponerlo en los termómetros y barómetros. Los individuos que trabajan en las minas de mercurio, al cabo de algún tiempo se ven acometidos por un temblor que les ataca el sistema nervioso. En España hay las minas de mercurio de Almadén, que son las más importantes del mundo.

## LA MODA INFANTIL

### DELANTALITOS

Está muy extendida ya esta moda, tan práctica, de llevar a los niños a los paseos públicos, donde juegan y se ensucian con frecuencia que desespera a las mamás, con lindísimos delantales que, poco a poco, se han convertido en vestidos-delantalitos.

Y así hemos llegado a la creación de algunos de esos vestidos-delantales resultando más costosos que un traje de crespón y tan difíciles de confeccionar que, a no tratarse de una mamá o una tía muy mañosas y trabajadoras, requieren la intervención de la modista y la bordadora.

Lo que más se lleva en este momento es el «punto de nido» que ya no es tal punto porque lo han complicado con bordados y cruzaditos. Claro es que resulta mucho más bonito pero es también mucho más difícil y pesado.

Voy a intentar describirlos dos de esos modelos de vestido-delantal. Con decirlos que se han exhibido a ¡cién francos! queda explicado su «succés».

Uno de ellos para niñas de dos a cinco años,

en batista finísima blanca sobre la que se diseminan unos grandes lunares bordados, en tono cereza. Para iniciar el vuelo, al nivel de las axilas por detrás y delante, se adornan con el «punto de nido». Un cuello bordado a festón menudo y unas manguitas o medias-manguetas amplias y abullonadas, con puñito también bordado a festón, (el festón siempre en el tono de los lunares), completan este monísimo modelo.

No olvidareis que las braguitas serán en la misma tela adornada de igual festón.

Y vamos ahora con el modelo para nenes de uno a cuatro años. En tusor de hilo, amarillo lima y los bordados en azul porcelana, es de una sola pieza. El cuello y las mangas así como los ribetes del pantalón en trencilla de seda del color de los bordados, y éstos—como adorno—sobre el pecho y un muslo, encontrados, representan dos conejitos jugueteando sobre el césped.

Decía antes y ahora vosotras lo ratificaréis, que se trata de dos modelos muy bonitos, pero sobre todo, verdaderamente prácticos por fácilmente lavables sin perder su tersura y delicadeza.

MARÍA DOLORES

## El grillo y la hormiga

Preguntaba cierto día a una hormiga laboriosa un grillo que en cualquier cosa interesarse quería:

—¿Por qué con afán y ardor trabajas con tal denuedo, cuando yo salir no puedo a las horas del calor?

De mi casa en el rincón veo que en tenaz porfía, sólo empleáis todo el día en recoger provisión.

—Y vos, ¿por qué os escondéis?—la hormiga le preguntó;—si trabajáis como yo, en invierno comeréis.

—La luz que pura refleja del sol, me llega a cegar, por esto salgo a cantar cuando la lumbre se aleja.

Provisión ninguna tengo, pues sé que sin nada hacer siempre encuentro qué comer cuando a pasearme vengo.

—No siempre usted cantará,—dijo la hormiga cansada—y al final de la jornada veremos quien ganará.

Vino el invierno y con él blanca la tierra quedó y el grillo no se atrevió a salir al aire cruel.

En medio de su agonía de la hormiga se acordaba, ella bien se alimentaba y él de hambre se moría.

Constantes imitadores de la hormiga debéis ser, y así veréis del placer sus brillantes resplandores.

## Rarezas de hombres célebres

Auber no podía permanecer dos días seguidos en la más hermosa ciudad del mundo.

—Adolfo Adam tenía singular antipatía a la frondosidad de los árboles.

—Donizetti hacía sus viajes durmiendo, sin pararse un instante a contemplar las maravillas de la naturaleza.

—Paer se complacía en ser contrariado y escribió «Camilo», «Sargines» y «Aquiles», disputando con sus amigos, reprendiendo a sus hijos y regañando a sus criados.

—Cimarosa tenía siempre a su lado una docena de curiosos que le entretenían discutiendo acerca de todo, mientras el maestro escribía.

—Sachini perdía el hilo de su inspiración, si no veía a su gato saltar sobre la mesa.

## SALDO DE CHISTES MALOS

—Oye, Julián: préstame veinte duros. He dejado el dinero en casa y no tengo un céntimo encima.

—No puedo complacerte, pero yo te indicaré lo que has de hacer para conseguir esa suma en seguida:

—¿De veras?.. ¡Cuanto te lo agradezco!

—Toma: ahí tienes veinte céntimos. Toma el tranvía, ve a tu casa y allí encontrarás el dinero que te has dejado.

—¿Me quieres mucho?—le pregunta su abuela a Pedrito.

—¡Mucho!

—¿Pero mucho?

—¡Muchísimo, pero no tanto como si fueras de azúcar!

Gustavo, que es un estudiantillo pedante y muy hablador, se despide de su tía con la que ha pasado la tarde, diciéndole:

—Adiós, querida tía. He pasado una gran tarde. Hasta se me ha pasado el terrible dolor de cabeza que tenía.

—¡Lo comprendo, pero es que ahora lo tengo yo!...

El profesor de Juanito hace al muchacho varias preguntas sobre Historia Sagrada:

—Dime, Juan: ¿qué le pasó a Noé después de haber plantado una viña?

—Arrancó varias hojas, y...

—¿Y qué...?

—Hizo trajes para toda la familia—dijo el muchacho, que había visitado algunos Museos.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

## EL HADA ALEGRÍA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(38)

La capilla, iluminada profusamente, semeja un diamante que lanza fúlgidos destellos y en el altar convertido en rústica cueva, las flores en desorden artístico mueren a los pies del Niño exhalando sus últimos perfumes.

El sacerdote, con su cabeza nevada por los años, revestido de una blanca casulla deslumbrante, avanza hasta las gradas del altar y el santo sacrificio comienza. Un murmullo de plegarias se eleva... se eleva entre el incienso que llena los ámbitos de olor...

¿Cuántas habrán escuchado las viejas bóvedas? Bajo ellas, ¿qué de preces ansiosas no habrán dicho las castellanas muertas por el guerrero audaz y el paladín valiente que, por su Dios y por su Patria, combaten lejos de allí?...

La voz del sacerdote ¡de cuán dife-

rentes modos habrá sonado a la sombra de las graves arcadas!

Complacida y serena en el bautizo de un primogénito, regocijada en las alegres bodas, plañidera en el entierro del héroe cuando destrozado en una lucha bárbara de poder a poder le llevaban ya sus valientes a dormir el sueño eterno en su solariega sepultura, bajo el techo glorioso de sus antepasados...

Y en aquella Noche Buena, la voz suena colmada de una emoción clara, alegre; y el Conde de Fenollar advina que del corazón del sacerdote, como del de todos aquellos que le aman, la plegaria brota fervorosa en acción de gracias por su vuelta, ¡la vuelta del primogénito, alma y esperanza de la estirpe!

Piden para él la salud, la fuerza, la dicha, todas las alegrías de esta existencia... No lo oye, pero lo advierte en la expresión eternecida de los rostros, en el anhelo de la respiración entrecortada y, a su vez, él también, inclina la cabeza y ora con amor, con fé, con confianza...

De pronto, suaves, lejanas, en el silencio rumoroso del recinto sagrado,

unas notas dulcísimas, como arrancadas de las arpas celestiales por manos angélicas en la noche bíblica que conmemoran, bajan hasta el altar, y las armonías inspiradamente geniales de la Sonata catorce de Beethoven surgen valientes, arrancadas al órgano por una mano segura, interpretadas por un artista incógnito e invisible.

¿Quién toca? Como en la Noche Buena de la iniciación, ¿son los coros angélicos que entonan sobre la cueva celestes y cordiales alabanzas?

Fernando oye extasiado. Aquella música le habla dulcemente un lenguaje de transparencia divina. Quienquiera que sea el que la interprete es un gran artista que sabe arrancar al instrumento raudales de bellezas armónicas para conmovir hondamente, con sus frases no habladas, los espíritus de sus oyentes sumidos en recogimiento...

Fernando Cortezo se siente intrigado. ¿Acaso, será Ardieta quien toca? No; el doctor está allí, a dos pasos de él arrodillado junto a un pilar.

Incapaz de dominarse por más tiempo vuelve la cara y distingue allá arriba, en la negrura del pequeño coro,

una tenue luzcita que oscila junto al cuaderno musical abierto sobre el atril.

Nimbada por esta claridad indecisa, la arrogante cabeza de Gloria de Róspide surge misteriosa y confusa, como algo sobrenatural, envuelta en el capuchón blanco de un abrigo de lana forrado de seda.

¡Ella... es ella! Nunca, hasta entonces, la había oído tocar, pero era un hecho que la mano de artista que sabía arreglar con primor cuanto tocaba, podía arrancar y arrancaba realmente su secreto a las páginas musicales de los grandes autores. Vióla volver una hoja y tras una pausa, con infinita suavidad, con el alma entera puesta en aquellos compases maravillosos, con una delicadeza de pulsación exquisita, atacó el sublime Adagio de la Catorce entre cuyas ondas admirables de armonía se elevó Dios entre las manos del sacerdote para bendecir a sus fieles y deseales paz.

¡Gloria in excelsis Deo...!

Arrodillado, con la cabeza fija en el divino Niño, el conde de Fenollar le prometía abatir su orgullo. No sería nadie desgraciado, en lo sucesivo, por

sus arranques de estúpida soberbia. Ni su madre, ni Alfonso, ni Gloria... aquella pobre Gloria a quien tan injustamente atormentaba.

Fué su ofrenda, y Dios la bendijo...

Al adagio final de la sonata sucede una romanza sin palabras de Mendelssohn y el joven la oye de rodillas, con los ojos clavados en el altar convertido por la iniciativa de Gloria en linda montañita nevada. En la gruta, sobre unas miserables pajas, el niño Jesús sonríe envuelto en una camisita primorosa. La Virgen le mira, sentada en una piedra, junto al pesebre en torno del cual se han acostado la mula y el buey. San José, de pie, apoyado en su vara, adora en silencio que es la mejor de las adoraciones.

Una mata de campanillas blancas arrancada del huerto trepa cueva arriba y, entre sus flores, un angelito asoma la rubia carita... Entre las peñas, matas de violetas y de narcisos cuajadas de flor, aroman el ambiente.

Embebido en sus contemplaciones, el Conde no se apercebe de que la misa ha terminado y que los fieles han abandonado la capilla.

Romanieff, Alfonso, Ardieta su ma-